

Editorial

TEORÍA EN EL SUR DE EUROPA

L LAMA LA ATENCIÓN cómo en el siglo veinte la Europa del Sur apenas ha producido aportaciones genuinas a la teoría política. Es cierto que el fascismo surge en el mundo latino, pero, a la vista de su estrepitoso y siniestro fracaso, hoy podemos entenderlo como una aberración justamente derrotada. Por lo demás, apenas se han dado pensadores que por su cuenta hayan aportado algo a las ideologías o a las líneas de trabajo occidentales. Desde luego en el caso de España la escasez es más que evidente.

Sin embargo no es así en el campo de las artes plásticas o de la literatura. En este caso parece como si un notable genio español se hubiese hecho capaz de expresarse y contribuir al desarrollo de la vida en occidente.

En el caso de la teoría política, de la reflexión sobre nuestras formas y maneras de vivir, por seguir a Niccolò Machiavelli, es muy de notar que países con grandes avances en la manera cotidiana de resolver los problemas de la convivencia, y en donde la vida se hace muy atractiva por diferentes razones, no se dé la misma capacidad para teorizar esos logros cotidianos. Resulta un tanto triste que no sepamos hacerlos útiles de forma que puedan servir para la construcción de la vida pública. Hay claramente mucha originalidad en los individuos, en las familias, en las calles, en las músicas, y en el arte de estas naciones del sur, pero eso no logra articularse teóricamente. A partir de la euforia romántica, la plaga de las guerras civiles ha asolado estos países de manera descontrolada.

En España esta penuria se manifiesta con más rudeza, ya que la existencia de una lengua intercontinental supone una mayor nutrición y comunicación de sus costumbres y sus experiencias públicas. Eso debería potenciar la nove-

dad en la teorización de la política. Pues bien, no es así. Y es más, en el mundo académico de muchos de los países de habla española se enseña como dogma una tradición política calvinista que, aunque cristiana e hipermoderna, es demasiado monocorde y, además, está francamente incapacitada para traducir las experiencias de un sur de Europa derrotado—apresurémonos a decir que justamente—por ellos.

Parece como si la derrota humillante del imperio español y el triunfo sin reservas de la vida calvinista hubiera acomplejado de tal manera a los descendientes del idiosincrático Quevedo—ejemplo de teórico político tétrico— que les paralizara para pensar por su cuenta, limitándose a rendir tributo, o a adalides locales trasnochados, o a unos pensadores foráneos de valía indudable, pero que no agotan el filón de todo lo bueno por aprender en la tradición occidental. Tras el hundimiento de las ideologías exhortativas y el reflujó de las movilizaciones caudalosas, los profesores latinos parecen decirse aquello de “pasó el día, pasó la romería” y se aplican a recitar autores como Jean Bodin, Thomas Hobbes, John Locke, Jean Jacques Rousseau, Alexis de Tocqueville —un adalador de la América de Alexander Hamilton—, Max Weber, Michel Foucault o John Rawls, algunos de los imprescindibles en nuestra aulas. Naturalmente que estos pensadores han de ser leídos, de eso no cabe duda, pero la pregunta pertinente es ¿por qué tanta insistencia en esos y sólo en esos?

El asunto se hace más turbio cuando encontramos en nuestro pasado autores y líneas enteras de pensamiento de gran valía que no son atendidos. Curiosamente no han sido apenas traducidos al castellano. Algunos, como Marco Fabio Quintiliano —hispanorromano de Calahorra—, Maimónides, toda la tradición sefardita, el humanismo del *Trecento* y del *Quattrocento* o los quietistas del siglo XVI —por citar sólo algunos casos de muestra especialmente llamativos—, están alejados de nuestras prioridades y ni siquiera en los ámbitos de la historia intelectual española se suelen conocer. Creo que deberíamos pararnos a pensar en estas incoherencias y hacer algo al respecto. La situación de libertades que ahora disfrutamos, la apertura de la sociedad española al mundo de los intercambios, las nuevas comunicaciones y ese furor que parece habernos atacado a los españoles por viajar a donde sea, podrían ser aprovechados para meditar sobre cuál es la aportación que podemos hacer a la vida occidental de nuestros modos y maneras de hacer ingeniería política, es decir, por usar las palabras norteamericanas, de nuestros *selfcraft* y *statecraft*. Lo cual equivale lógicamente a abordar la recuperación de una tradición propia de teoría política, abierta al mundo pero a su vez sinceramente nuestra. Algo que no se limite a repetir con clichés y de forma tergiversada lo dicho por la tradición dominante antihispánica.

El espejo latinoamericano

Un primer paso podría ser acercarnos a la experiencia de los países de habla española para ver en esas tierras cómo ha ido el trasplante de muchas de nuestras instituciones y, por usar la idea de Harry Eckstein, de nuestros patrones de autoridad (*patterns of authority*). Otro, volver la vista a países como Nápoles y Sicilia, que han contribuido desde las fuentes a esa tradición española y hacia donde muchos de nuestros pensadores y artistas huyeron buscando sobrevivir. Eran lugares de refugio donde se recibía con gran intensidad las influencias de la Europa de habla griega, de Bizancio, que en el siglo quince acababa de hundirse políticamente.

Estudiar cómo todos estos países se plantean la representación pública, el uso del poder, el reclutamiento de autoridades y cargos, la honestidad con lo público, la importancia de lo sagrado y lo profano, la organización del Estado, las finanzas públicas, el manejo de la violencia y la identidad personal, puede enseñarnos mucho sobre cómo y por qué lo hacemos nosotros al día de hoy. Dialogar con ese mundo tan extraordinario es un privilegio que tienen muy pocas culturas. Un diálogo horizontal para aprender por nuestra parte y sin olvidar que en estas sociedades de más amplitud y recursos se halla probablemente el verdadero potencial de la teoría política en español, un mundo que es mediterráneo y atlántico al mismo tiempo. Afortunadamente ya tenemos muy buenos profesionales orientados a este mundo de incalculable valor, además de centros como el *Instituto de Iberoamérica y Portugal* de la Universidad de Salamanca en donde la política de Latinoamérica es atendida.

Sin embargo, en teoría política no abundan las ocasiones en que los especialistas de habla española puedan intercambiar sus ideas o trabajar juntos. Muy pocas publicaciones se ofrecen para ello, y las que hay a duras penas logran servir como plataforma para que se encuentren los talentos de los diferentes países.

Un problema importante de este mundo de la teoría política en habla española es sin duda la falta de organización, la *manque de méthode* que nos achacaba el calvinista Pierre de la Ramée, *Petrus Ramus*, en el siglo dieciséis. Es casi un consenso que las voces que podrían expresarse con armonía y melodía no acaban de estar bien articuladas. Se da el caso de que en algunas universidades latinoamericanas leen y estudian a autores españoles sin que éstos sean conscientes de ello. Son autores de talento, a veces poco reconocidos en casa, que desgraciadamente nunca llegarán a plantearse visitar esos lugares o al menos entrar en diálogo con ellos, con lo mucho que esto activaría su pensamiento y les enseñaría sobre el valor y la utilidad de sus escritos. Desde luego, mi impresión es que el mismo fenómeno se produce en sentido inverso.

Hay que tener en cuenta que la profesión del teórico o del especialista en este campo suele tender a la soledad, cuando no al aislamiento. Son muchas las horas, los años de estudio en silencio que ha de emplear para que, cuando escriba sus obras, éstas tengan casi siempre un público limitado. Se trata de un quehacer de por sí ensimismado. Todavía el que tiene alumnos encuentra ahí un eco tranquilizador, pero en general su vida estará abocada al silencio y a la meditación, algo ciertamente angustiioso o al menos descorazonador en el mundo estridente, sin trascendencia y cargado de ansiedad que hoy vivimos. No es extraño, y en buena parte se hace comprensible, que muchos talentos de la teoría política hispana se giren hacia el periodismo o el ensayo divulgador, ya que ambos caminos les pagarán mejor y les sacarán de las sombras y la soledad del pensamiento filosófico.

Claro que todo esto convive con una cultura política en español que se encuentra en franca expansión. El cierre del siglo veinte ha traído el afianzamiento del español como gran vehículo de comunicación de muy diversas culturas y prácticas políticas y, lo que debería ser decisivo, el avance de las convicciones y las instituciones democráticas en la mayoría de los estados de habla española. Las nuevas tecnologías están ofreciendo la oportunidad de lograr esa articulación de la que siempre hemos carecido y ahora son ya muchas las ocasiones para que los que cultivamos la ciencia política y en particular la teoría política nos prestemos atención, entremos en contacto y nos otorguemos ese prestigio mutuo, esa *isegoría* de la Atenas clásica, que tanto necesitamos para prosperar.

Cuando miramos a nuestro pasado, nos encontramos esas aguas subterráneas de la vida pública que nos hablan de tradiciones democráticas. Excavando en el presente del sur de Europa hallamos figuras intelectuales y artísticas que nos exigen atención inmediata. El napolitano Giambattista Vico (1668-1744) urgía a detener la oleada indiscriminada de pensamiento holandés que inundaba el sur y se refería a ese pensamiento del norte como *la barbarie de la reflexión*. Un Vico, no nos olvidemos, que admiraba los avances de la ciencia y de la técnica, y que recomendaba a sus estudiantes estar al corriente y utilizar en sus vidas los grandes avances científicos de la época. Pero que también sabía detectar la invitación a la tiranía que nos podía traer la asepsia e higienización moral de la sociedad. Peligro inminente tras la prohibición de la sabiduría de la retórica clásica llevada a cabo en el siglo dieciséis.

Para entender esto, hay a mi juicio dos personajes esenciales que son *Don Quijote* y *Hamlet*. Ambos son héroes abandonados que se hunden en el mar de la belleza literaria y que acaban disciplinados por esa *barbarie de la reflexión* que ya empieza en su tiempo a predominar en Europa. La misma que va a reemplazar el *consort of viols* inglés, tan querido por Henry Purcell, por los violines dinámicos de la corte francesa. Hamlet es militarizado al final de la obra por

Fortinbras, un joven militar extranjero que ordena retirar su cadáver a hombros de cuatro capitanes y, esto es lo más triste, entre músicas militares. Don Quijote retorna derrotado y despojado de su disfraz guerrero, es desprovisto de sus desvaríos —algo que, como también poco más tarde a Miguel de Molinos, le servía para *extra-viarse*— y morirá eclesiásticamente sacralizado como hombre manso y bueno entre las atenciones rituales del cura que le confiesa y la familia, o los restos de ella, que le atienden en su tránsito y le heredan.

Quizá el trabajo de nuestra teoría política esté en utilizar las libertades y medios de que ahora disponemos para elaborar un pensamiento en el que se vieran las experiencias de la ingeniería pública de las extraordinarias ciudades del sur, y lo mucho que sus países han sabido aportar a los modos y maneras de vivir de occidente. Una contribución que no pretenda desde luego ser “castiza”, y que se aleje del impulso romántico de encargar al nacionalismo resolver todas las incapacidades de la ciudadanía. Una ciencia que vaya tejiendo una teoría política coherente con la vida cotidiana, y abierta a la participación horizontal que nos ofrece el tesoro de incalculable valor que es una lengua común y polifónica. Aprovechando el eco del pensamiento musical, deberíamos meditar sobre el reciente descubrimiento de obras muy estimables que se compusieron en los siglos diecisiete y dieciocho en Latinoamérica y que hoy contrarrestan la penosa decadencia de la música en España en ese tiempo. De igual manera nuestra apertura a una ciencia más amplia podría dar esas tesis doctorales, esa teoría que nuestros países deben ofrecer como contribución sencilla, pero no simple, a la política contemporánea y como peldaño previo a nuestros continuadores.

JAVIER ROIZ